

Era costumbre en el Soberano juzgar á sus vasallos todos los días, desde las once de la mañana á las tres de la tarde.

Le ví fallar muy equitativamente en cuestiones graves de robo, calumnia y raptos, más ó menos criminales, de mujeres.

De pronto frunció las cejas y me llamó.

—¡Ya tenemos aquí á Namgay Doola!—dijo con aire de desesperación.—¡No contento con negarse á pagar los tributos, ha comprometido, mediante juramento, á la mitad de los habitantes de su pueblo para que cometan la misma traición! ¡Jamás me había sucedido una cosa semejante! ¡Y los impuestos no son exagerados!

Un aldeano de cara de conejo, con una herida detrás de la oreja, avanzó temblando. Había tomado parte en la conspiración de Namgay Doola; pero lo confesó todo y esperaba algo de la munificencia real.

—¡Oh, señor!—exclamé.—¿Seríais tan bondadoso que dejáseis para mañana el examen de este asunto? Sólo á los dioses les es dable hacer justicia con precipitación. Ese aldeano bien puede haber mentido.

—No: conozco á Doola; pero desde el momento que un huésped lo pide, quédese la

cuestión para mañana, y en nombre mío hálble duramente á ese extranjero de la cabellera roja: acaso te oiga.

Aquella misma tarde hice una tentativa, pero juro por mi nombre que no pude desempeñar mi papel. ¡Namgay Doola gesticulaba de un modo tan persuasivo! Además empezó á hablar de un gran oso gris que había en el campo de adormideras, junto al río, preguntándome si quería cazarle...

Le hablé severamente del pecado de rebelión, de la conspiración descubierta y de la seguridad del castigo.

Su cara se nubló durante un segundo, é inmediatamente después salió de mi tienda y le oí cantar dulcemente entre los pinos.

Las palabras eran ininteligibles para mí; pero la música, dulce é insinuante como el acento de aquel hombre, evocaba la sombra de un recuerdo; de algo que me era singularmente conocido.

Cantó una y otra vez y atormenté mi cerebro queriendo recordar aquella melodía olvidada.

Después de comer descubrí que habían cortado un pedazo de terciopelo, como de un pie cuadrado, de mi mejor paño de enfocar.

Esto me encolerizó tanto, que bajé al valle con la esperanza de tropezar con el oso gris, y mientras;—oculto hasta los hombros por el trigo, cubierto de rocío,—le acechaba para sorprenderle después de la comida, pude oírle gruñir entre las adormideras como un cerdo descontento.

Los rayos de la luna llena hacían más penetrante el aroma que se esparcía de las borlas de las plantas.

De pronto oí el angustioso mugido de la vaca del Himalaya; uno de aquellos terneros negros, tan grandes como un perro de Terranova, y dos sombras, que me parecieron la osa y su cría, cruzaron rápidamente por delante de mí.

Sólo en el momento de ir á disparar noté que las dos tenían brillantes cabelleras rojas.

El más pequeño de los animales llevaba arrastrando algo parecido á una cuerda, que dejaba una huella oscura en el sendero.

Nos separaba un espacio que apenas medía seis pies, y ví que la sombra de los rayos de la luna proyectaba sobre sus rostros un color como el del terciopelo negro. ¡Sí, esta es la comparación más exacta; porque, aparte el

poder de los rayos lunares, llevaban cubiertas las caras con caretas hechas del pedazo de mi terciopelo negro!

¡Esto me produjo tal asombro, que me fuí á la cama!

A la mañana siguiente todo el reino estaba en conmoción. Según decían, la noche anterior Namgay Doola había salido de su casa y con un cuchillo muy afilado le había cortado la cola á la vaca del hombre de cara de conejo que le traicionó.

¡El sacrilegio era horrible! ¡A la vaca sagrada! El pueblo pedía la cabeza del sacrilego, pero éste se había encerrado en su casa, atrancando con gruesas maderas puertas y ventanas, y desafiaba al orbe entero.

El Rey, el pueblo y yo nos aproximamos, con grandes precauciones, á la casa. No era posible apoderarse de aquel hombre sin que corriera la sangre, porque á través de un agujero, que había en la pared, vimos proyectarse en el suelo la boca de un fusil muy bien cuidado; ¡el único que podía disparar en todo el reino! Momentos antes de llegar nosotros, Namgay Doola había estado á punto de matar á un labriego.

El ejército se detuvo.

No podía hacer otra cosa, porque cuando se aproximaba, grandes pedernales, horriblemente puntiagudos, llovían de las ventanas, y de vez en cuando se añadían á estos proyectiles chaparrones de agua hirviendo.

Desde nuestro punto de observación veíamos muchas cabezas rojas moviéndose arriba y abajo en el interior de la casa.

La familia del sitiado ayudaba á su jefe, y á nuestras súplicas se respondía con gritos de desafío que helaban la sangre en las venas.

—¡Jamás—decía el Monarca bufando de cólera—jamás ha ocurrido en mis Estados cosa semejante! El año que viene, sin falta, compro un cañoncejo.

Después me miró como pidiéndome consejo y ayuda.

—¿No habrá en el reino —dije— algún sacerdote á quien respete?

—Adora á otros dioses—respondió el Primer Ministro.—¡Pero podemos matarle de hambre...!

—¡Dejad que se acerque el hombre blanco! —gritó Namgay Doola.—¡Al que de vosotros

se atreva á aproximarse, le mato! ¡Enviadme al blanco!

La puerta se abrió de par en par y penetré en la habitación de un tibetano, ennegrecida por el humo y rellena de chiquillos.

La cola, todavía fresca, de una vaca estaba tendida en el suelo, y junto á ella se veían dos pedazos de terciopelo negro—el mío—estropeados bárbaramente para convertirles en algo parecido á caretas.

—¿Qué vergonzoso escándalo es este, Namgay Doola!—pregunté.

Gesticuló con más gracia que nunca, y repuso:

—Aquí no hay ni escándalo ni vergüenza. Ese hombre me había traicionado y le he cortado la cola á su vaca. Por un momento pensé, ¡oh, *Sahib!* pegarle á él un tiro... No para matarle, no; un tiro en las piernas.

—Pero, vamos á ver: ¿desde cuándo se está obligado á pagar contribución al Rey; desde cuándo?

—Por los dioses de mi padre que no lo sé.

—¿Quién fué tu padre?

—El mismo que tenía este fusil.

Al decir esto, me enseñó el arma de fuego;

un Tower que ostentaba en la caja la fecha 1832 y la marca de la respetable compañía de la India Oriental.

—¿Cómo se llamaba tu padre?

—Tinlay Doola, y aunque yo era muy muchacho, recuerdo que usaba una casaca encarnada.

—Eso no lo dudo; pero repite el nombre dos ó tres veces.

Me obedeció, y entonces comprendí de qué provenía aquel acento extraño que había en su lenguaje.

—Tinlo Dula—dijo muy excitado.—A estas horas le rezo á su dios.

—¿Puedo ver á ese dios?

—Dentro de un momento: á la hora del crepúsculo.

—¿Recuerdas algunas palabras del idioma de tu padre?

—¡Hace tanto tiempo...! Pero había una que la decía muy á menudo, y era esta: «¡Eh, cuidado!» Entonces, mis hermanos y yo nos cuadrábamos: así.

—Entendido. ¿Quién fué tu madre?

—Una mujer de las montañas. Nosotros somos Lepchas ó Darjilings, pero nos lla-

man extranjeros por el color de nuestro pelo.

Su mujer, la tibetana, le tocó suavemente en el brazo.

Las largas negociaciones desde la parte afuera de la fortaleza habían durado todo el día, y en aquel momento comenzó el crepúsculo; la hora del *Angelus*.

Los muchachos de cabellera roja se levantaron del suelo con aire solemne y formaron un semicírculo.

Namgay Doola dejó su fusil, encendió una pequeña lámpara de aceite, la puso delante de un nicho abierto en la pared, y recorriendo un pedazo de cortina sucia, dejó ver un crucifijo de bronce, viejo y deteriorado, que descansaba sobre la chapa de un casco, perteneciente á un regimiento, hace tiempo olvidado, de la compañía de las Indias orientales.

—Así hacía mi padre—dijo, persignándose torpemente.

La madre y los hijos le imitaron, y todos entonaron á coro aquel canto triste que ya había oído al pie de las montañas sin entenderle.

El enigma desapareció.

Una y otra vez repitieron el canto, como si

sus corazones se desgarraran. La letra era la versión dada por ellos al coro de: *El vestir del color verde* (1)

cuelgan hombres y mujeres
porque de verde se visten.

Tuve una inspiración diabólica. Uno de los rapaces, chicuelo de siete á ocho años; acaso el que ví la noche anterior en el campo, no dejaba de mirarme mientras cantaba. Saqué una rupia, la cogí por un lado entre el pulgar y el índice y miré, nada más que mirar, al fusil, que estaba recostado en un rincón.

Un rayo de inteligencia brilló en la cara del chico, redonda como un plato, y, sin dejar de cantar, alargó la mano, cogió la moneda y me entregó el fusil. Podía haber matado á Namgay Doola mientras cantaba, pero estaba satisfecho.

La invencible voz de la sangre me contuvo.

Namgay Doola corrió la cortina sobre el nicho: la hora del *Angelus* había pasado.

—Así cantaba mi padre. Su canto era mucho más largo, pero le he olvidado, y ni si-

(1) Antigua canción irlandesa.—(N. del T.)

quiera comprendo la significación de estas pocas palabras. Acaso el Dios las entienda. No soy de este país y no pago tributo.

—¡Pero...!

Hizo de nuevo aquel gesto en que ponía toda su alma, y dijo:

—¿Y en qué me ocuparía yo entre cosecha y cosecha...! Esto es preferible á espantar osos; pero esa gente no lo entiende así.

Dicho esto, levantó las caretas del suelo y se quedó mirándome con el aire candoroso de un niño.

—¿Quién diantre te ha enseñado á hacer tales diabluras?—exclamé, señalando á los antifaces.

—No lo sé. Yo no soy más que un Lepcha de Darjiling, y esta tela...

—¡Que has robado...!

—No. ¿Robarla! La necesitaba... ¡Bah! ¡La tela! ¿Qué otra cosa podía hacer con ella...?

Y empezó á liar alrededor de sus dedos el pedazo de terciopelo.

—Fero el pecado de mutilar la vaca...

—¡Oh, *Sahib!* El dueño me había hecho traición; la cola de la ternerilla se estaba moviendo á la luz de la luna; yo tenía mi cuchi-

sus corazones se desgarraran. La letra era la versión dada por ellos al coro de: *El vestir del color verde* (1)

cuelgan hombres y mujeres
porque de verde se visten.

Tuve una inspiración diabólica. Uno de los rapaces, chicuelo de siete á ocho años; acaso el que ví la noche anterior en el campo, no dejaba de mirarme mientras cantaba. Saqué una rupia, la cogí por un lado entre el pulgar y el índice y miré, nada más que mirar, al fusil, que estaba recostado en un rincón.

Un rayo de inteligencia brilló en la cara del chico, redonda como un plato, y, sin dejar de cantar, alargó la mano, cogió la moneda y me entregó el fusil. Podía haber matado á Namgay Doola mientras cantaba, pero estaba satisfecho.

La invencible voz de la sangre me contuvo.

Namgay Doola corrió la cortina sobre el nicho: la hora del *Angelus* había pasado.

—Así cantaba mi padre. Su canto era mucho más largo, pero le he olvidado, y ni si-

(1) Antigua canción irlandesa.—(N. del T.)

quiera comprendo la significación de estas pocas palabras. Acaso el Dios las entienda. No soy de este país y no pago tributo.

—¡Pero...!

Hizo de nuevo aquel gesto en que ponía toda su alma, y dijo:

—¿Y en qué me ocuparía yo entre cosecha y cosecha...! Esto es preferible á espantar osos; pero esa gente no lo entiende así.

Dicho esto, levantó las caretas del suelo y se quedó mirándome con el aire candoroso de un niño.

—¿Quién diantre te ha enseñado á hacer tales diabluras?—exclamé, señalando á los antifaces.

—No lo sé. Yo no soy más que un Lepcha de Darjiling, y esta tela...

—¡Que has robado...!

—No. ¿Robarla! La necesitaba... ¡Bah! ¡La tela! ¿Qué otra cosa podía hacer con ella...?

Y empezó á liar alrededor de sus dedos el pedazo de terciopelo.

—Fero el pecado de mutilar la vaca...

—¡Oh, *Sahib!* El dueño me había hecho traición; la cola de la ternerilla se estaba moviendo á la luz de la luna; yo tenía mi cuchi-

llo, y... ¿qué había de hacer? ¡La cola cayó antes de que me diera cuenta de ello, *Sahib!* Estas cosas las comprendes tú mejor que yo.

—Tienes razón. Espera; no salgas. Voy á hablar con el Rey.

El pueblo estaba agrupado en la falda de la colina. Llegué y hablé:

—¡Oh, Rey!—le dije.—Respecto á ese hombre, dos caminos hay abiertos delante de tu sabiduría. Puedes colgarle de un árbol, con toda su casta, hasta que no quede una cabeza roja en esta tierra...

—No—repuso el rey—¿por qué he de hacer daño á los pequeñuelos?

Los muchachos habían salido de la casa y estaban haciendo grotescas reverencias delante de todos. Namgay Doola esperaba, de pie en la puerta y arma al brazo.

—Puedes también—dejando aparte la impiedad cometida mutilando á la vaca—evarle á un puesto de honor en tu ejército. Ese hombre procede de una raza que no paga tributos. Hay en su sangre una llama roja que le brota por encima de su esplendorosa cabellera. Hazle jefe del ejército, concédele todos los honores con que pueda soñar y libertad

absoluta para el trabajo; pero ¡fijate mucho en esto, señor! ni ahora ni nunca les des ni á él ni á su guardia un pie de terreno. Aliméntale con palabras, con honores, con buenos tragos del vino que ya conoces, y será un baluarte para defenderte: mas no consientas que se vea propietario ni del puñado más pequeño de hierba. ¡Así le ha hecho Dios...! Además, tiene hermanos...

Un rumor de descontento se levantó entre todos los vasallos.

—Si sus hermanos vienen, se pelearán entre ellos hasta morir, ó en otro caso, se denunciarán los unos á los otros, y... ¿Debe ser ó no de tu ejército? ¡Escoge!

El Rey inclinó la cabeza y yo grité:

—Ven acá, Namgay Doola, y manda el ejército del Rey. De hoy en adelante ya no te llamarás Namgay Doola, sino Patsay (1) Doola, por razones que, como acertadamente has dicho, yo me sé.

El hombre de la cabellera roja, nuevamente bautizado con el nombre de Patsay Doola, hijo de Tinlay (2) Doola, ó más bien Tin

(1) Patricio.—(N. del T.)

(2) Timoteo.—(N. del T.)

Doolan, se abrazó á los pies del rey, dió de bofetadas al ejército permanente, y corrió lleno de contrición de templo en templo haciendo ofrendas por el pecado de mutilar vacas.

El Rey quedó tan complacido de mi perspicacia, que quiso venderme uno de los pueblos de su reino por veinte libras esterlinas; pero no compro aldeas en el Himalaya mientras una cabellera roja flamee entre las estribaciones de los montes cuyas cimas, cubiertas de nieves perpetuas, parece que quieren escalar el cielo y los linderos de los bosques sombríos. ¡Conozco la casta!



SECUESTRADO

¡Hay mareas que hacia el mal
por todas partes nos llevan:
tristes ¡ay! los que se entregan
á la corriente fatal!

¡Nadie cambia su camino
ni domina su poder,
y el hombre va, sin querer,
donde le empuja el destino!

Mas si, por suerte ó valor,
salvas á algún desdichado,
después de verse salvado,
¡quizás olvide el favor!

(*Moralejas de Vibart.*)

SOMOS una raza superior, ilustrada, y los casamientos á lo *infante* nos resultan muy repulsivos y á veces producen consecuencias singularísimas. Pero á pesar de eso la opinión india (que es la opinión continental y la opinión aborigen), favorable á los matrimonios en que para nada se tienen en